

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

INDICE

- La táctica de las huelgas categoriales en Francia : los sindicatos dan la espalda a la lucha de conjunto
- Líbano : afrontamientos siro-falangistas y guerra civil
- Perú después de las elecciones para la asamblea constituyente

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvrière**

Noviembre/1978

No

57

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria



FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS



ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

primera clase :

Sies meses \$5

Un año \$10

Tercera clase : rado

Seis meses \$3

Un año \$6

Otros países, por avión

Seis meses \$10 (FF 50)

Un año \$20 (FF 100)

Por barco

Seis meses \$4 (FF 20)

Un año \$8 (FF 40)

Para el extranjero, pagar de preferencia por
giro postal internacional

Escribir a : The Spark,
Box 1047 DETROIT MI 48231 USA



ANTILLAS

Mensual trotskista antillano que publica un
suplemento bisemanal en Martinica y
Guadalupe

Tarifas de suscripción :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

bajo pliego cerrado FF 15 (\$ 3)

Otros países : escribir al periódico

Suscripción a : Jocelyn BIBRAC

CCP 32 566-71 La Source-Orléans France

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier - B.P.-80

93300 AUBERVILLIERS



le pouvoir
aux
travailleurs
mensuel trotskiste

UNION AFRICAIN DES TRAVAILLEURS COMMUNISTE INTERNATIONAL

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado
por : UATCI (Unión Africana de Trabajadores
Comunistas e Internacionistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)
enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

- Página 2 La táctica de las huelgas categoriales en Francia : Los sindicatos dan la espalda a la lucha de conjunto**
- Página 6 Líbano : Afrontamientos siro-falangistas y guerra civil**
- Página 17 Perú después de las elecciones para la Asamblea Constituyente**

La táctica de las huelgas categoriales en Francia : los sindicatos dan la espalda a la lucha de conjunto

Desde el principio del mes de Octubre, la agitación social se ha acrecentado en Francia. Contrastando con su falta de reacción frente a los proyectos del gobierno, cuando la reanudación de las actividades en septiembre, las grandes confederaciones sindicales CGT y CFDT han tomado la iniciativa de una serie de movimientos en el sector público más precisamente entre los ferroviarios y los empleados de correos. A éstos se añaden las luchas llevadas a cabo en las empresas que tienen dificultades como la construcción y la reparación naval o la siderurgia. En unas semanas, decenas de miles de trabajadores han manifestado su descontento.

En realidad se trata más de paros que de luchas verdaderas. Así, entre los ferroviarios, el movimiento se ha desarrollado a lo largo de varias semanas, ha afectado todas las categorías de trabajadores por turno, unas tras otras ; así también ciertas regiones han podido programar su propio calendario de paros. En resumen, los ferroviarios nunca han parado en su totalidad. Se han diversificado las mismas reivindicaciones. Lo mismo ha ocurrido con los empleados de correos, los basureros, el cuerpo docente con

movimientos por turno según las academias. La táctica de los sindicatos consiste en mandar a la huelga centenas de miles de trabajadores, pero cuidando de que nunca vayan a la huelga juntos, y de que no emitan tales reivindicaciones.

Claro, localmente, en tal o cual sector en el que se planteaban problemas locales, las direcciones sindicales se han apartado del calendario tradicional de los paros, organizando huelgas más importantes (los ferroviarios de Saint-Etienne, el centro de batalla de Pontoise, etc.). Pero, finalmente, que hayan precedido o seguido las consignas generales, estas acciones se han integrado perfectamente a la táctica general de los sindicatos, que tiende a crear y a mantener una agitación social capaz de justificar su existencia.

Pues éste es el problema. Después de las elecciones y del fracaso de los partidos de la Unión de la Izquierda, el gobierno y el mismo Giscard d'Estaing habían hecho vagas promesas de apertura social. El presidente de la República había invitado aparatósamente en el Eliseo a todos los líderes sindicalistas, incluso a Georges Seguy, el secretario general de la CGT (vinculada al

PCF). Tan aparatosamente, todos los dirigentes sindicales —después de los dirigentes políticos, además— habían aceptado acudir a esta invitación, rompiendo así con la conducta que tenían poco antes. La apertura social se había concretizado, después, con una serie de entrevistas entre el primer ministro y el ministro del trabajo, y los líderes sindicales, preparando el comienzo de verdaderas negociaciones con los representantes de la patronal. Pero estas negociaciones están marcando el paso. Certo número de convenios se han firmado, es verdad, en unos sectores (Química, metalurgia, etc.) pero se trata, a menudo, de convenios vagos, muy generales, cuyo contenido concreto se debía negociar, región por región, entre cámara patronal y unión departamental.

Pues, si el gobierno está dispuesto a dar muestras de apertura social —tanto más fácilmente que no le comprometen en nada— la patronal, por su parte, nada quiere conceder. Está levantada la hipoteca electoral, ha ganado las elecciones la derecha, la patronal se siente en posición de fuerza. Esta última no ve por qué haría concesiones, y su intransigencia ni siquiera permite a los sindicatos que salven las apariencias mostrando que tenían razón al venir a discutir y probando que la negociación puede ser provechosa. Las grandes confederaciones no tienen nada que presentar a los trabajadores; peor aún, la patronal intenta volver a discutir unas de las ventajas anteriores, en particular en lo que concierne las indemnidades de paro y el horario semanal de trabajo. Si discute con los representantes sindicales es porque espera obtener su garantía para las malas jugadas que está preparando contra los parados y los trabajadores.

Las grandes centrales sindicales no han interrumpido las negociaciones, pero hablan de fracaso. No pueden presentarse ante los trabajadores con las manos vacías. En las negociaciones, frente a la intransigencia patronal, no tienen talla suficiente.

Entonces, por las buenas o por las malas, precisamente para mostrar que tienen talla suficiente, que no son sólo aparatos sino que también tienen crédito e influencia en la clase obrera, las centrales sindicales han debido crear, a veces completamente, una agitación social.

Claro está que en los sectores amenazados por la crisis, esta agitación se apoya en un descontento y en una inquietud muy real, pero en los demás, y precisamente en el sector público las centrales sindicales han elaborado su táctica casi artificialmente, apoyándose en un sentimiento de descontento difuso. Han tenido que encontrar en la base reivindicaciones, las más particulares posibles, para incitar a los trabajadores a que tomen parte a estos paros planificados a corto plazo sin verdaderas perspectivas.

Pues, aunque deseando con tal acción entorpecer bastante a la patronal y al gobierno para que éstos concedan algo en las negociaciones pendientes o futuras, las confederaciones, sin embargo, no quieren en absoluto hacer cualquier cosa que pudiera poner seriamente en dificultad a la burguesía. No se trata de esto, ni a corto ni a largo plazo. El mismo Georges Seguy ha dicho que de ninguna manera la CGT convocaría aunque fuera a un paro nacional de trabajo de 24 horas, esto «no sería conforme con los objetivos que damos a esta lucha», y ha añadido a manera de excusa, esto «amenazaría con tener un aspecto

limitativo mientras que, desgraciadamente, la acción no va a acabarse el 15 de noviembre, teniendo en cuenta las sombrías perspectivas en cuanto al empleo». Pero Seguy no da más precisiones ni más perspectivas sobre lo que propondrá la CGT el 15 de noviembre.

En realidad, las centrales sindicales que han querido afirmar muy públicamente, durante la reanudación de las actividades después de las vacaciones, que no se habían puesto de acuerdo para acciones nacionales comunes, tienen todas fundamentalmente la misma política, la que consiste en dar la espalda decididamente a la organización de la huelga de conjunto, la huelga hasta la satisfacción de las reivindicaciones, que pudiera hacer que el gobierno y la patronal cedieran. CGT y CFDT que en la cumbre no están de acuerdo para acciones comunes, están perfectamente de acuerdo para acciones fragmentadas por ramas, por empresas, por categorías, por regiones, fragmentadas en cuanto a la forma y en cuanto al contenido reivindicativo.

FO, aunque declarándose partidaria de un movimiento más general en correos (esta central lanzó la consigna de huelga general de un día, en correos, el 25 de octubre, precisamente a mediados de la semana de acción prevista por los otros) continua considerando toda huelga general como política, y por lo tanto como algo que se debe rechazar. En realidad este desacuerdo en la cumbre es una disculpa excelente para organizar únicamente acciones locales responsabilizando a la falta de unidad de las demás centrales, la carencia de toda réplica nacional común.

Y mientras tanto el Parlamento francés está votando un presupuesto

de austeridad aún más draconiano que los anteriores, un presupuesto resueltamente anti-obrero e inflacionista. La patronal y el gobierno ni siquiera esconden su voluntad de hacer pagar la crisis a los trabajadores.

Barre, el primer ministro, explica públicamente que hay que frenar los salarios y aumentar las ganancias para favorecer la modernización de la economía y su competitividad internacional. Hay más de un millón trescientos mil parados recontados (1 700 000 según los cálculos de la CGT) y por todos los medios el gobierno continua subvencionando los sectores capitalistas en crisis para evitarles la quiebra, salvar sus capitales y permitir que racionalicen su producción licenciando.

Claro está, las centrales sindicales denuncian esta política pero se abstienen de preparar la contraofensiva obrera necesaria.

En período de crisis todavía más que en otros momentos, la incapacidad de estas burocracias reformistas aparece aún más que en cualquier otro momento. Porque para ellas no se trata de lanzarse ni de lanzar a los trabajadores en una lucha seria, sino que son incapaces de defender los intereses ni siquiera inmediatos y mínimos de los trabajadores. Tampoco pueden quedar sin hacer nada si no quieren desacreditarse frente a los trabajadores y por consiguiente perder su utilidad para la burguesía.

De ahí las tácticas de las huelgas por turno, una tras otra, en un desorden sabiamente orquestado para evitar que llegaran pese a ellas, a una situación en la cual la clase obrera combativa estaría dispuesta a una lucha seria.

Hoy, es verdad, el nivel de combatividad de la clase obrera no supera el de los sindicatos. En

ninguna parte hay verdaderas tentativas de desbordamiento. Los trabajadores les siguen sin ilusiones ni entusiasmo, pero no van más allá. Paradójicamente, son los militantes sindicalistas de base, los que a veces, se muestran los más radicales, incluso los más aventuristas (por ejemplo en la siderurgia o en los astilleros de la Ciotat). Además, la táctica sindical tiene como ventaja para los burócratas, el soltar la rienda a los militantes de base más combativos, multiplicando los obstáculos para que se queden aislados (conflictos por categorías, fábricas, regiones, etc.).

Servilismo con respecto a la patronal y al gobierno contentándose con acicatearles, desconfianza con respecto a los trabajadores, tales son ambas actitudes, además complementarias, de las burocracias obreras. No obstante, pese a ellas, amenazan poner a los trabajadores en una situación de conflicto a la cual no les habrán preparado en absoluto. Desde hace tiempo, patronal y gobierno han encontrado paradas contra las huelgas por turno al estimar que ya bastaba y que era tiempo de poner fin a la operación. Estas paradas son conocidas : limitación del derecho de huelga en el sector público, requisiciones, puesta fuera de la ley de las huelgas alternativas en el sector privado, assimilándolas a acciones de sabotaje, sancionadas naturalmente mediante licenciamientos.

Evidentemente no está dicho que la patronal y el gobierno estén decididos hoy, a usar de esas armas. Saben que la agitación social actual no les amenaza verdaderamente, que

forma parte, en cierto modo, del juego que forzosamente están obligados a desempeñar, de vez en cuando, los sindicatos. Pero, sin amenazarles, eso puede solamente molestarles hasta el punto en que no quieran más tolerarlo. En ese momento, la patronal desencadenará el conflicto, y la clase obrera no se hallará lista, en modo alguno, para enfrentarle y ganar. En ese sentido, la actual táctica sindical además de ser ineficaz del punto de vista de la defensa de los intereses obreros, es perjudicial y puede ser criminal.

Puede revelarse como criminal, si la clase obrera continua, un año con otro, remitiéndose a las grandes burocracias reformistas para defender sus intereses.

Pero, repetidas veces en el pasado, la clase obrera ha reaccionado ella misma, sin esperar la autorización de los aparatos y haciendo fracasar todas las medidas que un gobierno de derecha se permitía tomar. Eso sucedió repetidas veces en la historia reciente, e incluso bajo el régimen de de Gaulle. Eso puede volver a suceder más latente. En un período de crisis y de descontento difuso, no se necesita mucho para que la combatividad obrera, hasta entonces amorfa e inegal, aumente de varios grados.

Y frente a una clase obrera determinada a luchar, los aparatos burocráticos ya no tendrán las manos libres para dirigir con toda tranquilidad.

Es, en esos casos de divorcios entre la política de los burócratas y la voluntad de los trabajadores, en los que se sitúan las verdaderas posibilidades de intervenir para los revolucionarios.

LÍBANO : AFRONTAMIENTOS SIRO-FALANGISTAS Y GUERRA CIVIL

A principios del mes de Octubre, se han reanudado los bombardeos sirios sobre los barrios cristianos de Beirut, dominados desde la guerra civil de 1975-1976 por las milicias de la extrema derecha falangista libanesa. Bombardeos análogos habían ya tenido lugar el mes de Julio de 1978, ellos mismos sucediendo a un largo período de tensión entre las tropas sirias estacionadas en el Líbano y las milicias falangistas. El alto el fuego intervenido finalmente el 7 de octubre de 1978, especialmente bajo la presión del Consejo de Seguridad de la ONU, aparece en extremo precario, al no haber recibido ninguna de las causas fundamentales del conflicto un principio de solución ni estar a la vista un principio de arreglo político.

En los países imperialistas, y especialmente en Francia, la reanudación espectacular del conflicto libanés ha desencadenado una considerable ola de indignación contra la intervención siria. El gobierno francés particularmente, ha expresado su «indignación» siendo ampliamente seguido por la radio y la televisión, así como por la prensa, y no solamente por la prensa de obediencia gubernamental. Hasta la prensa de izquierda se ha hecho eco de esta indignación contra el

«genocidio» al cual, según ella, el ejército sirio se libraba contra la población cristiana del Líbano. En fin, en el plan político, es una verdadera «Unión Sagrada» la que se ha realizado en Francia para denunciar la intervención siria. En la Asamblea Nacional francesa, el primer ministro, Raymond Barre, y el secretario del Partido Socialista, François Mitterrand, han unido sus voces para pedir *«el fin de matanza»*. Por último, hecho significativo, una parte de la opinión de extrema izquierda misma, bajo la presión, se ha unido al concierto. Ha sido en particular el caso del periódico *Libération*, que ha denunciado también el «genocidio». En cuanto al PCF, si se ha negado a unirse a la «unión sagrada» que se realizaba en el Parlamento francés, es con remolonería que ha resistido a la ola, visiblemente preocupado en no dejarse aislar de la opinión.

Esta indignación manifestada por el gobierno y los medios políticos franceses, es evidentemente sospechosísima, si se recuerda que, la intervención siria, cuando estaba esencialmente dirigida contra las milicias palestinas y las de la izquierda libanesa, no había ocasionado la menor reacción «humanitaria» por su parte ; sin embargo, los

combates eran mucho más crueles que los de hoy.

En realidad, se trataba para el gobierno francés y también para los demás gobiernos occidentales, de manifestar su solidaridad política con la extrema derecha libanesa en su conflicto con las tropas sirias. Sin duda, esta solidaridad sólo se ha traducido verbalmente y también por unos gestos, como el envío de un hospital militar francés a Beirut-Este, y sobre todo bajo la forma de una campaña de opinión en Francia misma. La hipótesis de una intervención militar occidental fue dejada claramente de lado. Sin embargo, esta solidaridad de los gobiernos occidentales ha ejercido una presión sobre Siria, llevándola a admitir concesiones militares a la extrema derecha.

En efecto, el alto el fuego votado por el Consejo de Seguridad de la ONU, ha impuesto a Siria que cese los bombardeos sin haber obtenido ni concesiones políticas ni debilitamiento militar de las posiciones dominadas por la extrema derecha libanesa. Aún es más, claro que la conferencia de Beit-Eddine, que ha reunido a los representantes de los países árabes, ha finalmente prorrogado el mandato de la Fuerza Árabe de Disuasión, es decir el mandato otorgado al ejército sirio para mantener el orden en el Líbano. Pero sin embargo al mismo tiempo, ha dado una muestra de buena voluntad con respecto a la derecha cristiana libanesa. Ha impuesto a las tropas sirias a retirarse de los varios puntos álgicos de Beirut en donde estaban en contacto directo con los Falangistas, y donde, en particular, procuraban imponerles un bloqueo militar. En esos puntos álgicos, el ejército sirio fue relevado por contingentes saudíes.

Los dirigentes imperialistas son

solidarios de la extrema derecha libanesa, aunque no adhieran necesariamente a sus proyectos políticos, como lo muestra la reciente declaración del ministro de asuntos exteriores franceses, desmarcándose de la actitud de Camilo Chamun. Porque su intervención, sus presiones sobre los dirigentes sirios, se ejercen con el fin de impedir a esos últimos, que ataque militarmente a las milicias falangistas. Lo que les deja la posibilidad de poner sus condiciones políticas, aunque estén lejos de gozar de una correlación de fuerza militar que les sea favorable.

Es el deber de los revolucionarios, en Francia como en los demás países imperialistas, de denunciar esta solidaridad política. En particular, deben oponerse a las exposiciones simplistas de la situación libanesa por parte de los gobiernos y de la prensa, que muestran el conflicto como una tentativa de «genocidio» organizada por Siria contra los cristianos del Líbano, con el fin de asentar su dominación.

La realidad del conflicto libanés no tiene en efecto, nada que ver con ésto ; es necesario para analizarlo, recordar rápidamente los orígenes de la guerra civil de 1975-1976, de los cuales la actual situación política es el producto directo.

LAS RAZONES DE LA GUERRA CIVIL

Fue la derecha cristiana libanesa la que, en la primavera de 1975, desencadenó la guerra civil. En el seno de esta derecha, fueron las milicias del partido falangista de Pedro Gemayel, admirador declarado de Hitler y Mussolini, las que desempeñaron el papel principal. La ofensiva lanzada por las milicias falangistas se presentaba como

dirigiéndose esencialmente contra los Palestinos, tratados de «*elementos extranjeros*», «*no libaneses*», de «*perturbadores rojos*». La derecha cristiana presentaba la presencia de los Palestinos como la fuente de todas las desgracias del Líbano. Y los Palestinos fueron efectivamente las primeras víctimas de la guerra civil libanesa puesto que el primer ataque falangista en abril de 1975, fue dirigido contra un autocar de Palestinos matando a todos sus ocupantes.

Pero al tomar a los Palestinos como cabeza de turco, la derecha cristiana perseguía objetivos políticos precisos, ligados a la crisis política libanesa, siendo la presencia de los Palestinos sólo uno de los factores.

La prosperidad económica del Líbano de antes de la guerra civil estaba fundada esencialmente en la riqueza de la gran burguesía cristiana, de rito maronita. Ésta había sabido durante años, desempeñar el papel de principal banquero del Oriente Medio. Las transacciones financieras, ligadas a las importantes ventas de petróleo o a las compras de armas y de materiales industriales pasaban por la plaza bancaria de Beirut, que servía igualmente de depósito seguro para los capitales de los «reyes del petróleo». Es lo que permitía a la burguesía cristiana ostentar un lujo chillón, así como entretenér a una pequeña burguesía relativamente desahogada, esencialmente cristiana ella también. La economía libanesa tenía así, superficialmente, las apariencias de un capitalismo a la occidental. De éste sólo tenía las apariencias : las riquezas que transitaban por Beirut no desembocaban en un verdadero desarrollo de la economía, que permanecía esencialmente subdesarrollada. En cambio, convertían en

escandalosa la injusticia social, al entretenér a una burguesía y una pequeña burguesía más que holgadas al lado de una masa miserable de campesinos pobres, obreros y parados.

Mas, la evolución del Oriente Medio ha ocasionado poco a poco el declive del papel de intermediario de la burguesía libanesa. Los diversos Estados árabes se han dado poco a poco los medios de tratar directamente con el imperialismo. La crisis económica mundial ha obrado en el mismo sentido, y ha empezado a minar las bases de su prosperidad. Al mismo tiempo, las consecuencias del conflicto israelo-árabe en el Líbano tendían también a agudizar las contradicciones sociales y políticas.

En el plan político, se ha presentado largo tiempo al sistema libanés como un milagro de estabilidad política y de concordia entre las diferentes confesiones cristiana, musulmana, chiita o sunita, druso y otras que componían el país. En la práctica, ese sistema consagra la dominación, al interior de cada comunidad, de aquellos que aparecen como jefes de clan. Es el tribalismo de la sociedad libanesa que ha sido elevado a la altura de una institución. En la cumbre del Estado, la estabilidad política estaba asegurada por el compromiso entre los jefes de las diferentes comunidades, de los cargos del Estado. Tradicionalmente, el presidente de la República debía ser cristiano maronita, el primer ministro musulmán sunita, el presidente de la asamblea nacional musulmán chiita. De facto, en el marco de ese compromiso, era la burguesía cristiana maronita quien desempeñaba el principal papel, añadiendo de esta manera a la dominación económica la dominación política sobre el Estado.

La crisis económica y social y las consecuencias del conflicto israelo-árabe han quebrantado profundamente el sistema. Los campesinos pobres, expulsados por la miseria y los bombardeos israelíes han ido a acrecentar el chabolismo de las cercanías de Beirut, viviendo en condiciones similares a las de los refugiados de los campos palestinos. Un sentimiento de solidaridad se ha desarrollado entre Palestinos y Libaneses pobres. Estos últimos, desarraigados, al margen de las estructuras tradicionales, han escapado a la autoridad de los jefes de clan. En particular la burguesía musulmana sunita ha perdido su influencia sobre las masas libanesas musulmanas ; el sistema confesional empezaba a resquebrajarse bajo el peso de las contradicciones sociales.

Es con este fenómeno que hay que relacionar particularmente, la ascensión de la izquierda libanesa en los años 1970-1975, que han precedido directamente la guerra civil, ascensión ilustrada especialmente por su éxito en las elecciones de 1972. Simultáneamente, se ha asistido a una ascensión de luchas sociales, caracterizadas por numerosas manifestaciones obreras, violentamente reprimidas a menudo por el ejército, ese mismo ejército libanés que, repetidas veces intentó reprimir las milicias palestinas, y del que todos, Libaneses como Palestinos podían constatar que brillaba por su ausencia cuando se trataba de defender la población contra las incursiones militares israelíes. Las masas populares libanesas y palestinas se descubrían intereses y enemigos comunes. El hecho que los Palestinos estubiesen armados, organizados en milicias, determinados a luchar, no podía por su parte sino incitar la población pobre

libanesa, a luchar y armarse para si misma.

Los dirigentes de la izquierda libanesa, particularmente el líder del «Frente de los Partidos Progresistas», Kamal Jumblat, igualmente gran feudal druso, no tenían objetivos políticos muy peligrosos para la burguesía libanesa. Se limitaban a reclamar una reforma del sistema político, particularmente mediante una disminución de la influencia de la burguesía maronita en favor de la burguesía sunita.

Pero el progreso de la izquierda, la solidaridad de las masas libanesas y palestinas atestiguaban un movimiento profundo : el sistema político tradicional se volvía impotente para controlar las masas populares. Estas escapaban a la influencia del sistema religioso, para descubrir sus intereses de clase, sus objetivos sociales y políticos. A causa de esto el relativo liberalismo del sistema político libanés, comparado a los Estados vecinos, les daba posibilidades de organizarse y hasta de armarse.

La gran burguesía maronita sólo podía sentirse amenazada ; se hacía vital para ella poner fin a la ola popular y restablecer en el país el equilibrio y la autoridad política a su favor.

De esta manera, si al declarar la guerra civil las Falanges cristianas se atacaban a los Palestinos, sus objetivos políticos tenían un carácter interno al Líbano. Era necesario restablecer la dominación política de la burguesía maronita, restablecer el orden social, y para esto diezmar a la izquierda. El primer objetivo era además para eso, atacándose a los Palestinos, crear en la población cristiana un reflejo de «unión nacional» contra esos «no-libaneses», agrupándola en torno a la derecha cristiana. Se trataba de alistar a toda

la población cristiana, burgueses y pequeños burgueses, que la crisis económica preocupaba, pero también obreros, parados y gente pobre para la defensa de la dominación económica y política de la burguesía libanesa.

Para realizar esta «unión nacional», las Falanges y los otros partidos de la derecha cristiana fueron además ayudados por la política de la izquierda. Esta última implantada esencialmente en la población musulmana, dejó que los combates tomaran un carácter de afrontamiento religioso, musulmanes contra cristianos, y de todas maneras no hizo nada para desligar a la población cristiana de la extrema derecha.

Pero en cuanto a ganar la guerra civil, era como objetivo harina de otro costal, que debía rápidamente revelarse fuera del alcance de las fuerzas de extrema derecha. En la primavera de 1976, después de algunos meses de guerra civil, la agrupación de las milicias palestinas y de la izquierda libanesa progresaba en todos los frentes. El territorio de la derecha cristiana se limitaba cada vez más al «espacio cristiano» en el norte de Beirut. La intervención siria fue necesaria para salvar a la derecha. Y la situación actual en el Líbano resulta directamente de esta intervención.

LA INTERVENCIÓN SIRIA Y LAS TENTATIVAS DE ARREGLO POLÍTICO

Los dirigentes sirios, desde el comienzo de la crisis libanesa, se habían erigido en los mediadores entre las diferentes fuerzas políticas. Pues su primera preocupación era que el equilibrio político no se modificara en Beirut. Es por eso que varias veces, intentaron separar a los

belligerantes, asentar de nuevo la autoridad del gobierno libanés contribuyendo ellos mismos a restablecer «el orden» en las zonas controladas por la izquierda, restablecer el equilibrio político que justamente se hacia polvo bajo los golpes de la guerra civil.

Además sobre el fondo, su política no era muy diferente de la de los dirigentes palestinos que, también intentaron varias veces establecerse en mediadores. Pero la derecha cristiana no quería mediación, ni tentativa de restauración del equilibrio político. Y hay que poner las reanudaciones sucesivas de la guerra civil a cargo de su obstinación, a pesar de todas las tentativas de los dirigentes palestinos y sirios, y hasta de los dirigentes de la izquierda, para acabar con ella. Y al seguir atacándose a los Palestinos, la derecha obligaba a los dirigentes palestinos, pese a que éstos no querían, ligar su destino al de la izquierda en la guerra civil. Cabe añadir además que muy a menudo las milicias palestinas y las de la izquierda libanesa no habían esperado la autorización de sus jefes para combatir juntos.

Esta política de la derecha cristiana podía parecer suicidaria. El desarrollo de la guerra civil mostraba que la correlación militar de fuerzas entre la derecha cristiana y la agrupación «palestino-progresista» que la derecha cristiana misma había contribuido a crear le era desfavorable.

En realidad, el cálculo político de la derecha cristiana consistía sin duda alguna, desde el comienzo de la guerra civil, en tratar de provocar una intervención exterior, por ejemplo por parte del imperialismo, como ya fue el caso durante la guerra civil de 1958.

Al tomar la iniciativa de la guerra

civil ponía a los dirigentes imperialistas, a los de los Estados árabes, y al del vecino Estado de Israel ante el hecho consumado de un afrontamiento en donde debían optar por su campo.

Hasta quizás había obtenido de ellos promesas, incluso antes de abril de 1975. De todas maneras, los dirigentes de la derecha cristiana sabían que todas esas fuerzas sólo podían intervenir de un lado : del lado de la defensa del orden establecido, es decir del suyo. Y es efectivamente en ese marco que se sitúa la intervención siria de 1975-1976.

Los dirigentes sirios, si eran partidarios del imposible mantenimiento del antiguo equilibrio, no querían, de todas maneras, una victoria de la izquierda libanesa que hubiera podido entusiasmar a las masas populares de la región ; los dirigentes de los otros Estados árabes tampoco lo querían, y por las mismas razones. En cuanto a Israel y al imperialismo, no sólo evidentemente no la querían, pero además no podían sino aplaudir la represión contra los Palestinos.

Es por eso que, después de haber durante un año intentado mantener el equilibrio, los dirigentes sirios, en la primavera de 1976, decidieron intervenir directamente al lado de la derecha cristiana para impedir que sea vencida. Para ellos además el tiempo apresuraba ; no intervenir hubiera sido correr el riesgo que el ejército israelí o el ejército norteamericano interviniieran antes para salvar a la derecha cristiana, con todos los inconvenientes que esta presencia militar podía comportar para Siria, en su conflicto con Israel. Además, los dirigentes sirios esperaban sin duda de esta manera no exponer su alianza con la derecha cristiana e impedir que ésta se

volviera resueltamente del lado israelí y norteamericano.

Para reprimir la izquierda y los Palestinos, Siria no escatimó sus esfuerzos. Les hizo retroceder en todos los frentes, les rechazó a la parte sur del Líbano y a Beirut-Oeste, estableció un estrecho control militar del ejército sirio sobre las milicias palestinas, e intentó el desarme completo de la izquierda. No retrocedió ni ante los bombardeos, ni aún ante los combates mortíferos contra la izquierda y los Palestinos, con la aprobación tácita de todos los gobiernos árabes, y claro está de Israel y del imperialismo. Y cuando la derecha cristiana aprovechó la ofensiva siria para degollar por su parte Libaneses de izquierda y Palestinos, como fue el caso especialmente en el campo de Tel Zaatar, el mando sirio se abstuvo de intervenir para «separar a los beligerantes» lo que era sin embargo el objetivo oficial de su intervención. Y es necesario recordar que esas matanzas no fueron el objeto de ninguna intervención «humanitaria» por parte de los que hoy, hablan de «genocidio» sirio contra los cristianos.

Y cuando estimaron haber vencido militarmente la formación «palestino-progresista», los dirigentes sirios hicieron que se les confiase por los otros Estados árabes el mandato de crear una «Fuerza Árabe de Disuisión» con los mismos soldados sirios, solamente acompañados por un simbólico contingente saudíense. La Fuerza Árabe de Disuisión tenía igualmente como misión de restaurar en el territorio libanés un Estado y una autoridad legal. Para eso, todas las apariencias estaban reunidas : durante toda la guerra civil, un gobierno «legal» había asistido a los afrontamientos. Hasta un nuevo presidente de la República había



Picture shows a Beirut district which was totally destroyed in 1976 by troops of the pro-Syrian «Saika». As it was not a Christian area but one under the control of progressist militias, Western politicians and the Western press were much less indignant than today.

Un barrio destruido en Beirut por las fuerzas de la «Saika» en 1976, en favor de Siria. Pero esta vez no era un barrio cristiano sino un barrio controlado por la milicias progresistas. Los hombres políticos y la gran prensa occidental se mostraban entonces mucho menos escandalizados.



A demonstration demanding freedom for Hugo Blanco whose life was being threatened while he was in jail. The extreme left's impact cannot be denied.

Manifestación para pedir la liberación de Hugo Blanco en la época en que estaba encarcelado y amenazado de muerte. La extrema izquierda goza de una popularidad incontestable.

sido elegido : Elias Sarkis, cristiano maronita como se debía, pero que no estaba directamente comprometido con una de las facciones políticas cristianas. Su gobierno de «técnicos», dirigido también según la regla constitucional libanesa por un musulmán sunita, Selim El Hoss, reunía también todas las apariencias de un gobierno. Entonces no quedaba más que dar a Elias Sarkis y Selim El Hoss un poder verdadero. Después de haber restablecido en el terreno, la correlación de fuerzas a favor de la derecha cristiana, faltaba a Siria encontrar un arreglo político que le conveniese.

EL IMPOSIBLE «ARREGLO POLÍTICO»

Ahora bien, los dirigentes sirios eran partidarios, como la mayoría de los dirigentes árabes, de la sola prorroga, en el Líbano, del equilibrio político anterior, es decir del compromiso entre las fracciones dirigentes de las burguesías maronita y musulmana sunita, mientras la derecha, en particular falangista, no tomaba en consideración un gobierno libanés que no estuviera dominado por ella.

Por parte de los dirigentes sirios y árabes, esta actitud no era motivada por ninguna adhesión a los principios democráticos. Pero el compromiso entre las diferentes fracciones religiosas, tal como existía antes de la guerra civil, había garantizado durante años la neutralidad relativa del Líbano en el plan internacional. Los clanes tradicionales de la burguesía maronita, como de la burguesía sunita, cultivaban buenas relaciones con el régimen sirio, consideraban el Líbano como parte integrante del mundo árabe, siempre absteniéndose de cualquier compromiso demasiado preciso al lado de

tal o cual grupo de Estados árabes. Un tal compromiso habría comprometido el papel de intermediario «en todas direcciones» que la burguesía libanesa desempeñaba en el Oriente Medio ; la burguesía libanesa deseaba tratar con todo el mundo árabe, y para esto guardar su neutralidad. En cuanto a los dirigentes árabes, se ponían de acuerdo por su parte, para tratar con miramientos esta neutralidad al igual que hombres de negocios pueden tener la misma preocupación con respecto a su banquero común.

Los dirigentes sirios deseaban esta neutralidad, y es por lo que se emplearon, desde fines del año 1976, a negociar con las diversas fracciones tradicionales de la burguesía libanesa. Incluso obtuvieron éxitos.

En el campo cristiano, los jefes de los clanes maronitas del Norte del Líbano estaban amenazados por las aspiraciones hegemónicas de las Falanges. Buscaron pues volver a su alianza habitual con Siria, y se dejaron fácilmente convencer por aquella de la necesidad de reconciliarse con los dirigentes de la burguesía sunita. Por su parte, los dirigentes sunitas, no pedían sino volver a entrar en el juego político, del que la guerra civil les había apartado.

Se asistió entonces a una reconciliación espectacular, simbolizada por un apretón de manos entre Soleiman Frangié, jefe del clan maronita del Norte del Líbano y antiguo presidente de la República, y Rachid Karamé, principal líder de la gran burguesía sunita y antiguo primer ministro. Por desgracia, este apretón de manos no bastaba para restablecer el antiguo equilibrio político. La guerra civil había estallado, justamente, porque el antiguo equilibrio religioso se había vuelto

impotente para mantener las fuerzas sociales. No bastaba restablecer la sombra de ese compromiso para olvidar este hecho.

Del lado musulmán, la izquierda estaba dispuesta, como siempre lo había sido, a prestar juramento de fidelidad a los jefes de la burguesía musulmana, y así devolverles el crédito que, precisamente, habían perdido a favor de la izquierda durante los años que precedieron la guerra civil.

Pero la situación no era en absoluto simétrica del lado cristiano. La fracción intransigente de la derecha, compuesta por el partido falangista de Pedro Gemayel y del Partido Nacional Liberal de Camilo Chamun, no estaba en absoluto dispuesta a dejarse llevar a un compromiso por los viejos clanes maronitas. Entre los hombres del clan Frangié del Líbano del Norte, y los Falangistas y los chamunistas de Beirut-Este, tuvo lugar una serie de ajustes de cuentas. Milicianos falangistas fueron asesinados, después fue Tony Frangié, jefe del ejército privado de su padre, asesinado en su chalé con su familia : el afrontamiento político en el campo cristiano tomaba la apariencia de la vendedora feudal de la montaña libanesa.

Así, al mapa ya confuso de la guerra civil, se añadía ahora el afrontamiento al interior del campo cristiano entre Falangistas y Chamunistas de una parte, y los clanes aliados de Siria por otra parte. También la extrema derecha falangista y chamunista había combatido, a lo largo de la guerra civil, por la hegemonía en el campo cristiano. Había logrado movilizar tras ella una gran parte de la pequeña burguesía e incluso una gran parte de la población pobre cristiana, gracias a su demagogía sobre el «peligro musulmán», dejando a los jefes

maronitas tradicionales solamente la función de fuerzas de complemento. Entendía no dejarse frustrar de lo que consideraba como su victoria.

Ahora bien, si la intervención siria había efectivamente salvado a la extrema derecha cristiana de la derrota frente a la izquierda, los dirigentes sirios no estaban por lo tanto dispuestos a dar a esta extrema derecha la parte real que ella pedía en un eventual gobierno libanés. No por que a los dirigentes sirios les molestase la política a tendencia fascista de esta extrema derecha ; lo que sentían era el compromiso internacional de los Falangistas.

Por que a lo largo de la guerra civil, Falangistas y Chamunistas habían obtenido el apoyo militar de Israel, se habían declarado sus aliados, y hasta habían creado a cambio de esto, en la frontera israelo-libanesa, una fuerza militar sostenida por los pueblos cristianos del sur, formando una zona tampon entre los Palestinos del Líbano del Sur y el Estado de Israel.

Es esta alianza de la extrema derecha con Israel que molestaba a Siria ; dejarla dominar el gobierno libanés, era hacer perder al Líbano su neutralidad y contribuir en cierta manera a crear un segundo Israel a sus puertas. En cuanto a la solución del reparto, al cual la extrema derecha parecía estar dispuesta, habría llevado también, a crear una especie de Israel cristiano, pero de dimensiones un poco más reducidas.

En estas condiciones, el presidente sirio Assad multiplicó los esfuerzos para poner en pie un gobierno de «unión nacional». La derecha cristiana habría sido ampliamente representada. Pero los Falangistas y los Chamunistas habrían tenido que codearse con sus hermanos enemigos del clan Frangié, al igual que

con los representantes de la gran burguesía sunita y hasta con un representante de la izquierda, quien había sido Walid Jumblat ; tantos hombres políticos que, según los dirigentes sirios, habrían podido impedir al nuevo gobierno libanés de tomar una orientación demasiada pro-israelí.

Así, no solamente la extrema derecha cristiana no había ganado la guerra civil, pero además se hallaba en dificultad en el plan político. Y sin embargo, una vez más pudo permitirse de comportarse en dueño del juego. A fines de abril de 1978, acerca de la oposición de Camilo Chamun, las negociaciones en vista de la creación del gobierno de «Union Nacional» fueron interumpidas y, como último recurso el gobierno de «técnicos» sin poder de Selim El Hoss prorrogado. Falangistas y Chamunistas se encerraron en su intransigencia, y en su oposición a todo compromiso, tanto con las otras fuerzas políticas como con los Sirios. Los incidentes entre fuerzas falangistas y fuerzas sirias se multiplicaron, a menudo a la iniciativa de los Falangistas. Como réplica, el ejército sirio ejerció su presión militar sobre los Falangistas, bombardeando Beirut-Este primero en Julio de 1978, y luego más recientemente a principios de Octubre de 1978.

La extrema derecha parece, en su política, tanto más intransigente que la correlación de fuerzas le es más desfavorable sobre el plan político y militar.

En realidad, sólo aplica una política que ha sido suya desde el comienzo de la guerra civil, y que hasta ahora le ha dado resultados ; provocando luchas que no puede ganar, espera hacer intervenir a los que no quieren dejarla perder : el imperialismo e Israel, especialmente.

La confianza política de los Gemayel y de los Chamun les viene también de que están seguros que los poderosos aliados que se hicieron no permitirán que se les aplaste. Pero también proviene de la certeza que los dirigentes sirios, tampoco, tratarán de aplastar a las milicias de la extrema derecha. En efecto, Assad teme provocar una intervención imperialista, o israelí. Y sobre todo, busca antes que nada llegar a un compromiso con la burguesía maronita : la respecta demasiado para exterminar a sus hombres de armas. Es por eso que se limita a bombardear Beirut-Este para ejercer una presión militar, sin por lo tanto tratar de destruir militarmente los Falangistas.

Sin duda, las milicias de la extrema derecha cristiana son militarmente impotentes frente a Assad ; pero reciprocamente Assad es, en una larga medida, políticamente impotente frente a ellas como lo demuestran las concesiones que el dirigente sirio acaba de aceptar. Pues sólo puede combatir las milicias de la extrema derecha con pólvora mojada, dejándoles la certeza de que no los aplastará. Además, visiblemente, los bombardeos sirios sirven hasta un cierto punto los planes políticos de los jefes falangistas. En efecto provocan una vez más un reflejo de unidad nacional en la población cristiana, y tienden a reagruparla en torno a la extrema derecha y a realzar el prestigio de ésta en un momento en que lo necesitaba mucho, engalanándola de la gloriosa aureola de su supuesta «resistencia heroica» al «invasor sirio».

Los dirigentes de la extrema derecha cristiana practican así una política que no va sin recordar a la de la OAS acerca de la población francesa de Argelia, antes de su

independencia, o la de los sionistas en Palestina acerca de la comunidad judía, antes de la creación del Estado de Israel.

Tratan de asegurarse el apoyo de la población cristiana, de llevarla lo más lejos posible, con el fin de que sólo vea como salvación a su crisis la búsqueda a todo coste del apoyo imperialista.

Sin duda desde ese punto de vista nada indica que los dirigentes imperialistas vean un gran interés en entretener a toda costa el segundo Israel que los Gemayel y los Chamoun quisieran formar. Pero la campaña que se ha desarrollado en Francia, los gestos hechos por el gobierno francés, han demostrado en todo caso que a la extrema derecha no le faltan aliados entre los que, en los países occidentales, «crean la opinión», y en las fuerzas políticas. Y la actitud prudente de Siria en este conflicto con los Falangistas demuestra que es consciente que estos tienen poderosos aliados de los cuales se ha de evitar la intervención.

LA IZQUIERDA, LA GUERRA CIVIL Y LOS REVOLUCIONARIOS

Cualesquieran que hoy sean las intenciones de los dirigentes imperialistas, los revolucionarios no pueden quedarse en todo caso neutros ante el conflicto libanés. Deben primero, en un país imperialista como Francia combatir las campañas de solidaridad con la extrema derecha libanesa.

En el mismo Líbano la izquierda y los Palestinos no pueden ser neutros en el afrontamiento que opone a los aliados de ayer, Sirios y Falangistas. La victoria del uno o del otro no es indiferente. Un éxito de los Falangistas sería también un éxito del imperialismo, y la promesa de la instalación, en el norte del Líbano,

de un Estado cristiano llevando a cabo la misma política que Israel, y constituyendo un medio más entre las manos del imperialismo. Un éxito de las tropas sirias significaría el fracaso, por lo menos temporalmente, de las pretensiones de la burguesía maronita y una debilitación de los medios militares de que dispone, con las Falanges y el apoyo imperialista. Pero claro, esto no serviría de nada si la izquierda no aprovechase de la situación para reenforzarse política y militarmente. Porque Siria sin duda en el afrontamiento, no trata de vencer las Falanges sino más bien de llevarlas a una política más conciliante, y distender los vínculos de éstas con Israel. Las masas libanesas y palestinas en cambio, no pueden sino desear el aplastamiento total de las Falanges. Pero es la razón por la que el afrontamiento entre Sirios y Falangistas puede ser la ocasión para ellas, no sólo de tomar partido contra las Falanges sino también de hacerlo activamente, tratando de sacar provecho de los bombardeos sirios para destrozar las fuerzas armadas de la derecha cristiana, pero sin considerar que el combate de las tropas sirias es el combate de la izquierda. Esto significa, evidentemente encontrarse del lado de las tropas sirias contra las tropas de la derecha cristiana, pero sin considerar el combate de las tropas sirias como el de la izquierda.

Sin duda, esto no suprime el conflicto entre tropas sirias y «palestino-progresistas». Y sería también un error olvidarlo. Los dirigentes sirios pueden en cierta medida apoyarse en la izquierda y los Palestinos contra las Falanges. Esto podría ser para ellos un medio de proseguir el conflicto sin exponerse a la acusación directa de querer reducir a añicos los cristianos

del Líbano. En un estado ulterior, Siria podría intervenir de nuevo para «separar» a los beligerantes y presentarse como salvadora de la situación, habiendo demostrado de nuevo a los Falangistas cuanto más preferible es la presencia siria a finalmente el mano a mano directo con los Palestinos y la izquierda.

Esto significa que, a un momento u otro, es previsible que Siria se vuelva contra la izquierda. Es la razón por la cual sería criminal, en el campo palestino-progresista, dejar cerner ilusiones sobre una actitud más «progresista» de Siria. Pero sería igualmente criminal quedarse neutro en el actual conflicto siro-falangista. Una victoria eventual de los Sirios sobre los Falangistas no pondría a continuación a los «palestino-progresistas» en peor situación frente a los Sirios. Al contrario :

quizás sería más difícil para los dirigentes sirios de dirigir sus tropas contra la izquierda cuando éstas tendrían el sentimiento de haber vencido al enemigo común. En todo caso, no estarían en mejor situación que ayer cuando debieron renunciar a destrozar la izquierda y los Palestinos.

Aquí en Francia, los revolucionarios deben también defender los intereses de los trabajadores y de las masas populares palestinas y libanesas denunciando sin reservas la actitud de los dirigentes políticos franceses, que de la extrema derecha a la izquierda socialista, sostienen la política de la extrema derecha libanesa condenando la intervención siria en nombre de un humanismo de fachada absolutamente hipócrita y circunstancial.

Perú después de las elecciones para la Asamblea Constituyente

El pasado día 28 de agosto se abría en Lima, capital del Perú, la sesión inaugural de la Asamblea Constituyente, elegida dos meses antes. La particularidad de esta Asamblea no era solamente la de existir en un país gobernado desde hace diez años por los militares, sino sobre todo la de acoger, entre los cien miembros que la componen, a 19 electos que se reclaman de la extrema izquierda.

Porque las elecciones que han puesto en pie esta Asamblea —las primeras que haya habido después de que en Octubre de 1968 los generales se instalaran en el poder— han sido marcadas por el éxito de las listas presentadas por la extrema izquierda que reunieron el 16% de los sufragios.

Pero estas elecciones no significan que Perú haya acabado con el poder de los militares, con lo arbitrario de un régimen que no vacila, a veces, en tomar los rasgos de la dictadura.

Además, dos días después de que la Asamblea se haya reunido, el gobierno presidido por Morales Bermúdez decretaba el estado de urgencia para enfrentar la huelga de los mineros del país en cinco de las 23 provincias, suspendiendo todas las libertades constitucionales. Al mismo tiempo que decidía de poner en pie esta Asamblea Constituyente, hacia fines del año 1977, el gobierno

peruano tomaba medidas económicas, cada vez más draconianas para imponer una política de austeridad a la población laboriosa, a fin de hacer frente a la degradación acelerada de la situación económica.

A las huelgas y a las manifestaciones que esta política ha provocado, los militares han respondido con una represión acrecentada: decenas de muertos en las manifestaciones, centenas de encarcelamientos, miles de licenciamientos. Tal es el balance en este terreno desde hace un año.

Un balance que no tiene nada de original comparado con los otros regímenes militares de Latino-América. En cambio, no se ven, ni en Chile, ni en Brasil por ejemplo, los militares en el poder decidir de poner en pie una Asamblea Constituyente, en el seno de la cual puedan ocupar un escaño militantes de extrema izquierda.

¿Qué distingue entonces el Perú?

MILITARES NACIONALISTAS EN EL PODER

La situación que reina en este país tiene sus orígenes en 1968, cuando el general Velasco Alvarado destituyó al presidente de la República, Belaunde Terry, tomando su puesto.

De entrada éste va a tomar decisiones que contrastan con las de sus predecesores. Una semana después de su llegada al poder, decidía nacionalizar una de las filiales de la Standard Oil. Despues, sucesivamente, el gobierno militar va a decidir la nacionalización de todos los recursos en agua (rios, lagos), de todas las compañías de telégrafos y de teléfonos (entre las cuales aquellas que pertenecen al célebre trust US, ITT) y de las compañías azucareras del litoral, que están directamente ligadas a los capitales US. A lo largo de los años, el Estado va a tomar a su cargo la mayoría del sector bancario, las minas de hierro y de cobre. Va a tomar el control de la comercialización de los productos petroleros. En Mayo de 1973, éste nacionaliza la pesca industrial. Poco a poco, el Estado toma el control de la mayor parte de la economía.

Al mismo tiempo los militares en el poder van a decretar la reforma agraria.

Hasta entonces, un poco más del 1% del territorio peruano estaba beneficiado. En la agricultura coexistían dos sectores, uno arcaico, constituido de grandes propiedades de tipo feudal, de rendimiento débil, otro industrializado y fundado en los cultivos industriales de la costa (algodón, azúcar). Uno y otro de estos sectores siendo dominados por un puñado de grandes propietarios.

En el conjunto del territorio, 2 000 propietarios monopolizaban el 73 % de las tierras, y 40 familias poseían el 40 % de las haciendas de la costa.

La reforma agraria, que concernía al principio las propiedades de más de 150 o 200 hectáreas según la región, va poco a poco a extenderse y a tocar al conjunto de las tierras.

Ciertos sectores se van a organizar en cooperativas, otros a transfor-

marse en explotaciones agro-industriales bajo control del Estado, otros por último van a repartirse entre los granjeros, los aparceros o los trabajadores agrícolas. En 1975, 6 500 000 hectáreas de tierra han sido expropiadas y repartidas de nuevo. Pero aun profunda la reforma, ésta no resuelve el problema en su totalidad, mucho falta. Centenas de miles de indios de los Andes son excluidos. Además el déficit de las tierras es tal con respecto a la masa de campesinos, que se ha calculado que no había sino 0,5 hectáreas de tierra para cada uno de ellos.

Esta reforma, fundada sobre el principio de la compra de las tierras, corresponde en la mente de los militares a un objetivo preciso: obligar a que los grandes latifundistas se readapten y que invierten una parte de su haber en la industria. Es por eso que además la indemnización de los grandes propietarios latifundistas va a tomar una forma particular. Una fracción de sus bienes es indemnizada en dinero en efectivo (esencialmente el ganado), el resto en bonos reembolsables en veinte años con una tasa de interés de 5 %.

Pero la reforma agraria estipula que los bonos ingresados serán inmediatamente reembolsados en dinero por el banco de Estado si sirven, hasta la cantidad del 50 % de su valor, al financiamiento de una empresa industrial. El objetivo de estas medidas, tanto en el plan agrario como en el plan industrial, era de tratar de desarrollar una economía nacional, instituyendo una amplia intervención del Estado en la economía y al mismo tiempo de introducir grandes reformas en el campo, ampliando así el mercado interior.

Al fin y al cabo, los militares van a acertar a que las acepte sin demasiada reticencia la oligarquía peruana

que encuentra ventaja en aquellas. Claro está que aquí y allí la reforma agraria encontrará resistencias. En otros casos los terratenientes, en particular los de las tierras ricas de la costa, van a aprovecharse de la reforma, partiendo preventivamente su hacienda y distribuyéndola a unos testaferros. Pero sobretodo les van a convencer las indemnizaciones que, a pesar de las obligaciones que les imponen, les indemnizan mucho más allá del valor de su posesión.

LA ACTITUD DEL IMPERIALISMO

El imperialismo, y muy en particular el imperialismo norteamericano, el más concernido a la vez política y económicamente, se ha acomodado muy bien con esta situación. Ha dejado hacer. No sólo no ha intervenido militarmente, sino que no ha utilizado, la presión económica. Por ejemplo, el enmiendo Hickenlooper que prevé la suspensión de la ayuda económica en caso de que un gobierno tome decisiones consideradas como contrarias a los intereses norteamericanos, no se ha aplicado, como tampoco se ha aplicado la amenaza de suspender las importaciones de los productos peruanos. Al contrario, el imperialismo US, al igual que los demás, han seguido proporcionando al régimen un apoyo financiero constante y considerable. Además resulta hoy de esto, para Perú, la existencia de una deuda exterior colosal.

De la misma manera, los capitalistas privados extranjeros cuyas empresas fueron nacionalizadas, se han inclinado de buena gana. Cabe decir que, una vez más, ellos han beneficiado de indemnizaciones ampliamente compensatorias, propias a satisfacerles. Y esto tanto más que en la mayoría de los casos, estas

nacionalizaciones llegaban a punto. Pues en los sectores mineros como el del cobre o del hierro, la baja de las cotizaciones mundiales provocada por la crisis, ya no les aseguraba el rendimiento del capital. La indemnización decidida por el gobierno peruano que les compraba a buen precio instalaciones a menudo vetustas, de escaso rendimiento, y de todos modos ampliamente amortizadas durante el período anterior, les ha proporcionado la oportunidad de liberarse de sectores de los cuales contaban separarse de todos modos, proporcionándoles al mismo tiempo capitales disponibles.

En cuanto a la actitud del gobierno US, se explica por el hecho de que los militares peruanos le daban garantías suficientes.

Pues en el plan interior, la Junta ha sabido, hasta estos pasados meses, mostrar que era capaz de dominar la situación.

A la demagogia populista elaborada en torno a sus reformas, la cual le proporcionó la adhesión de una fracción de la izquierda y de la extrema izquierda, ha sabido añadir una represión sin flaqueza. Si no estaban prohibidos los partidos y los sindicatos —el Partido Comunista Peruano, desde el principio ha apoyado a los militares— en cambio las huelgas, las manifestaciones obreras, campesinas o estudiantiles fueron duramente reprimidas. Estos diez años de gobierno militar han sido también diez años de represión.

Además, que el gobierno US haya dejado hacer, no significa que se haya quedado pasivo, ni que no haya ejercido una presión indirecta sobre la evolución del régimen.

Así no es dudoso que tenga algo que ver con la evicción de Velasco Alvarado de su puesto de presidente de la República en agosto de 1975. En efecto se le ha obligado a que

dimitiera y le ha reemplazado otro general, el general Morales Bermúdez, el actual presidente de la República peruana. Velasco Alvarado, que simbolizaba el período de las reformas, dejaba el sitio a una personalidad cuya imagen era, a los ojos de las autoridades norteamericanas, a los ojos de los inversionistas, más aceptable, siendo considerada como moderada.

Además, Morales Bermúdez no ha vuelto a discutir fundamentalmente las medidas tomadas por su predecesor, del cual fue además uno de los ministros. Aunque desde 1975 el gobierno ha desnacionalizado la pesca industrial por ejemplo, ha realizado, en cambio, nacionalizaciones en otros sectores. En cambio, ha acentuado más que su predecesor, no cabe duda, las medidas de austeridad que pesan cada día más sobre la población trabajadora.

Pues hoy, aquí está el balance.

El intento de los militares peruanos de poner en pie una economía nacional no ha cambiado nada, en realidad, para las masas populares, sino que ha empeorado. Ya que esta política, hay que pagarla. Y cuesta caro.

Perú tiene el triste récord mundial de la deuda exterior. Ésta es enorme. Ella es quien alimenta la inflación. Una inflación que ha hecho que el poder adquisitivo de los asalariados haya disminuido en un 50 % en un año.

¿Se ha manifestado esto en una mayor independencia? Ni siquiera. Pues el imperialismo controla finalmente la economía. Porque controla los mercados exteriores, claro. Pero sobre todo porque maneja los cuartos a través de los bancos internacionales y de los organismos financieros internacionales. A cada momento puede ahogar la economía peruana.

En cuanto a los capitales extranjeros, siguen presentes. Pero han podido trasladarse a los más rentables sectores, dejando al Estado peruano la carga de las inversiones. Es esta carga que el gobierno de Morales Bermúdez intenta hacer pagar al oprimir la población trabajadora, al reducir su nivel de vida en proporciones considerables.

Desde algunos meses, el gobierno encuentra cada vez más dificultades en imponer su política. Por más fuerte que sea la represión, no logra impedir las huelgas, parar las manifestaciones.

Sin embargo, en Julio de 1977, cuando había contestado a la huelga de 24 horas decidida por los sindicatos, licenciando 5 000 trabajadores, dentro de los cuales estaban la mayoría de los militantes obreros, el gobierno esperaba sin duda haber acabado por un tiempo con la clase obrera. Ocurrió todo lo contrario.

Manifestaciones y huelgas respondían a la represión. Las medidas de austeridad anunciadas no hicieron sino aumentar la rabia de los trabajadores. Y esta rabia ha logrado repetidas veces, obligar al gobierno a que guardara sus proyectos. Pero cada vez éste volvió a la carga.

Tal era el contexto cuando, hace exactamente un año, el 5 de octubre de 1977, ha anunciado su decisión de poner en pie una Asamblea Constituyente para Junio de 1978.

Se creyó hasta el último momento, dado el clima social, que estas elecciones no tendrían lugar. Finalmente, tuvieron lugar a pesar de todo. Bajo el régimen del Estado de urgencia. Tales eran las condiciones en las cuales la extrema izquierda consiguió el 16 % de los votos.

Sin embargo, el poder lo había hecho todo, antes de estas elecciones, para apartar a los representan-

tes de la extrema izquierda de esta consulta, y luego, al darse cuenta que le sería difícil hacerlo sin quitarle toda credibilidad a las elecciones, multiplicó las trabas para impedirles que hicieran campaña.

Así, por ejemplo, las autoridades militares intentaron impedir que las listas de extrema izquierda consiguieran las 40 000 firmas necesarias para tener derecho a presentarse, deteniendo a los militantes que reunían las firmas, robándoles las listas ya firmadas. A pesar de esto, el FOCEP (Frente Obrero, Campesino, Estudiante, Popular), una de las dos listas de extrema izquierda, había conseguido reunir 49 000 firmas, 10 días antes de las elecciones. Las autoridades las anularon todas excepto 19 000 de ellas, decidiendo que no eran válidas. Sólo entonces quedaban 10 días para que los militantes del FOCEP encontraran las firmas que faltaban.

Así también, el 20 de mayo, tres semanas antes de la fecha prevista para las elecciones, el gobierno declaraba el estado de urgencia, y decidía al mismo tiempo la suspensión de los derechos constitucionales. Estas medidas al intervenir al mismo momento en que se abría la campaña electoral, impedían que la izquierda y la extrema izquierda beneficiaran de las facilidades de acceso a la prensa y a la televisión, legalmente previstas. El mismo día, el gobierno mandaba que se detuvieran centenas de militantes sindicalistas y políticos de extrema izquierda, y entre ellos a los candidatos en primera posición de lista.

Si a unos pocos días antes del escrutinio, tuvo el gobierno que restablecer algunas de las libertades suspendidas, no cambió su decisión en cuanto a la expulsión de los dirigentes de la extrema izquierda. Fue entonces desde el extranjero, y

al día siguiente del 18 de junio, que Hugo Blanco y algunos de sus compañeros supieron que habían sido elegidos como diputados a la Asamblea Constituyente.

LOS RESULTADOS DE LA EXTREMA IZQUIERDA

Porque, a pesar de todos estos obstáculos, a pesar de que, sobre un total de 8 millones de peruanos en edad de votar, tres millones estaban excluidos del escrutinio por ser analfabetos, —concerniendo esta medida la población más pobre— a pesar de todo eso, la extrema izquierda ha conseguido globalmente el 16 % de los sufragios. Lo que la convierte en la tercera fuerza electoral, después del APRA, partido de derecha, de remoto pasado populista, desarrollando una fraseología más o menos reformista y nacionallista, y que ha obtenido el 35 % de los votos, y después del Partido Popular Cristiano, ultra conservador, que ha obtenido por su parte, el 18,5 % de los votos.

Con sus 16 %, la extrema izquierda adelanta ampliamente al Partido Comunista que sólo ha obtenido el 5 % de los votos. Esos 16 % se reparten en dos listas de la manera siguiente : 12 % para los candidatos del FOCEP, (Frente Obrero, Campesino, Estudiante, Popular), el 4 % para los candidatos de la UDP, (Unión Democrática Popular).

Se trata de dos frentes que se han constituido con motivo de las elecciones, y que reagrupan diversas formaciones y personalidades.

El FOCEP reúne organizaciones que se reclaman del trotskismo, como el PST (Partido Socialista de los Trabajadores) al que pertenece Hugo Blanco, y que es simpatizante del Secretariado Unificado de la

IV International, como también el POMR (Partido Obrero Marxista Revolucionario) que está en relación al nivel internacional, con la OCI. Reune también personalidades de izquierda que no se reclaman de ninguna organización como su presidente, Genaro Ledesma, abogado conocido por haber defendido los militantes perseguidos por la junta. Aun más allá del acuerdo electoral, cada una de las componentes del FOCEP ha conservado su autonomía organizacional y política, llevando cada una su propia campaña electoral.

En cuanto a la UDP, está dominada por formaciones maoistas, a las que se han juntado una fracción procedente de una escisión del Partido Comunista Peruano, así como grupos reclamándose del trotskismo. Ha llevado a cabo una campaña bajo la consigna : «Gobierno Popular Revolucionario», lo que significa lo mismo, como lo notaba Hugo Blanco en un interviú publicado en el número 29 de *Inprecor* que la «consigna maoista del bloque de las cuatro clases (obreros, campesinos, clases medias, burguesía nacional)».

El FOCEP quiso desmarcarse de una tal actitud, queriendo afirmar la necesidad de presentarse en esas elecciones sobre la base de un programa que afirma la necesidad de la independencia de la política de la clase obrera con relación a las fuerzas burguesas, incluso a las calificadas como progresistas. Hugo Blanco resume así, en el mismo interviú el análisis del FOCEP. Se ha constituido, dice, «sobre la base de tres denominadores comunes :

— *Movilización y organización de las masas explotadas.*

— *Independencia de clase : no debemos de ir en las elecciones con fuerzas burguesas. Es decir que el FOCEP, al contrario de la UDP, no ha recurrido al PSR, al PDC y a la ARS (que son formaciones consider-*

radas por la UDP como representativas de la burguesía progresista. NDLR).

— *Gobierno de los trabajadores.*»

Los militantes trotskistas están hoy ante responsabilidades considerables. Los resultados de las elecciones han revelado que las ideas revolucionarias habían sabido, a pesar del régimen de los militares, conseguir una amplia audiencia, audiencia que sobrepasa ampliamente sus fuerzas organizacionales. Pero, en este terreno, las cosas pueden cambiar rápidamente. En efecto, es vital que las organizaciones trotskistas en Perú, sepan preservar la independencia del proletariado frente a las tentativas de los que, siempre en semejantes circunstancias, desean ponerla a remolque de la burguesía llamada progresista, cuando no es a remolque de los militares. Es importante para ellos que sepan combatir las ilusiones propagadas por los que quisieran hacerles creer a los trabajadores que la Constituyente otorgada por Morales Bermúdez puede constituir un instrumento para la liberación de los explotados. Y desde este punto de vista, la consigna «Constituyente soberana» que pone por delante el POMR, sólo puede contribuir en desarrollar las ilusiones electoralistas de los trabajadores y de la población laboriosa. Ilusión en las posibilidades de una asamblea, erigida al amparo de los tanques y dominada por una mayoría de derecha.

La responsabilidad de los revolucionarios en Perú es tanto más grande que parece desde ahora entablada una carrera entre la clase obrera y el ejército, el cual puede dejar de lado a cualquier momento los proyectos reformistas de los que se ha valido, para recurrir a una dictadura declarada.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : FF 5

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : *Ordinary* : FF 50 *Closedmail* : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 *Closedmail* : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,

Guadeloupe, Reunion, Guyane,

North-Africa FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar FF 70

All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :

Apply to us to have the tariffs.